

## LOS ANALES DE MULEY(3ª PARTE)(4)

Autor: YUSUF AL-AZIZ  
Categoría: Varios / otros  
Publicado el: 28/01/2016

---

### ANALES

#### LXIV

Fui un niño de la guerra  
criado en un huerto  
con un futuro incierto  
recordando un pasado  
ya lejano y muerto  
sintiéndose agitado.

En aquella linda huerta,  
plena de árboles frutales  
y silenciosos canales,  
transcurrió mi triste vida  
junto a otros mortales  
que la dieron por perdida.

La miseria y el hambre  
a todo el mundo marcó,  
más el rico se ensañó,  
con odio y venganza,  
de la gente que perdió  
su guerra de esperanza.

Yo fui un privilegiado  
en aquella sociedad  
machista y sin piedad  
que empezaba a aflorar,  
se huía de la deidad  
impuesta para creer.

Nunca he pasado hambre  
ni me ha faltado trabajo  
para acogerme al tajo,  
pero fui obediente,  
me eché un largo trago  
y me sumí en la corriente.

Escondí todo aquel ser  
que se estaba forjando  
y observaba callando  
los entre hijos cotidianos  
que iban triste ululando  
por surcos muy cercanos.

Fui testigo silencioso  
de aquellos ricachones  
que ondeaban sus pendones  
enseñando su poderío,  
limpié todos sus rincones  
de mierda y amorío.

Me convertí en escudero  
de un viejo “señorico”  
que se lo daba de rico  
y de la gente abusaba,  
le apodaban el “perico”  
por la forma que hablaba.

Siempre tenía que brillar  
su sucia honradez  
y su escasa sensatez  
en sus sucios devaneos,  
no admitió su vejez  
amando siempre los jaleos.

Limpiaba sus vergüenzas.  
Como un sol resplandecía  
cuando de nuevo aparecía  
ante ignorante gente,  
ni su mano me ofrecía  
aquella estoica mente.

Guardo muchos secretos,  
escabrosas situaciones,  
malévolas acciones  
de un viejo mentecato  
henchido de pasiones  
para pasar solo un rato.

Hasta en el simulacro  
de su muerte ayudé,  
con discreción actué  
raudo y sin conjeturas;  
aquella noche guardé  
todas aquellas monturas.

Desde su médico amigo,  
pasando por el juez,  
acudieron a la vez  
mostrando su amistad,  
compañeros de vejez  
que ofrecían su lealtad.

No vi su inerte cuerpo  
aquella trágica noche,  
solo vi algún que otro coche  
saliendo o entrando,  
y oí voces de reproche  
hacia el cielo bramando.

La clase innata del pueblo  
en la huerta se presentó,  
su lealtad esgrimió  
mostrando su sumisión,  
nadie el silencio turbó,  
pero lloró la mansión.

Pero el arma del delito  
oculta se encontraba,  
en la habitación se hallaba  
con sigilo custodiada,  
todo el mundo callaba  
de manera preocupada.

Fue culpable una furcia  
de aspecto repugnante,  
esa noche fue su amante  
de lascivia revertida,  
la pulsión fue detonante  
de una edad ya perdida.

Falleció fornicando  
con la meretriz de turno,  
fue un placer nocturno  
que a la muerte lo llevó,  
era un hombre taciturno  
que sus riendas avivó.

Fue pura meditación  
aquella noche fatal,  
pues bajó la moral  
de toda la concurrencia  
que de una forma crucial  
se llenó de indulgencia.

Callados reflexionaban  
como salir del evento,  
se buscaría el momento  
y las causas del muerto  
para evitar un lamento  
y arribar a buen puerto.

Se olvidaron de la causa,  
se le achacó al corazón  
y fue buena reflexión,  
pues todo va con la edad;  
dieron con la solución  
aunque voló la verdad.

La causa estaba encerrada  
junto con su compañera,  
pues no era la vez primera  
que furcias allí acudían,  
se hacía una orgía putera  
y con dádivas salían.

Estaba a buen recaudo  
con su amiga de viaje  
embutida en su traje  
de pulsión sexual  
y mantuvo el coraje  
hasta el momento final.



Pero había que callarlas  
y no descubrí el ajo,  
les importaba un carajo  
las furcias con entereza,  
pero era un mal trago  
lleno de ardor, de aspereza.

Yo fui el guía de las furcias,  
el andante escudero  
que por sinuoso sendero  
al pueblo las llevé  
y aun fiel posadero  
raudo las entregué.

Aún guardo aquel secreto,  
otros tantos que callé  
y acciones que observé,  
fui sano testigo mudo  
de un clan a quien odié,  
más me resguardé en mi escudo.

## LXV

Sin pena y sin gloria  
mi adolescencia pasó,  
solo trabajo encontró  
en un mundo de mayores  
donde su alma se agitó  
ante tantos desamores.

Cuando quise darme cuenta  
me marcó la pubertad,  
mis ansias de libertad  
enmarcó mi rebeldía  
y con suma ansiedad  
el tiempo largo se me hacía.

Mi indomable juventud  
me hacía bostezar  
para mi alma sosegar,  
más tenía que ser prudente  
y saber dónde pisar

para ser algo coherente.

Aprendí a ser sumiso,  
obediente, reservado,  
estaba bien pensado  
para acallar mi rebeldía  
y nunca ser molestado  
aunque enmudecer me dolía.

Al considerarme adulto,  
rey del mundo me creí,  
desacato cometí  
a mi férreo "señorito"  
y satisfecho me fui  
a tierra del morito.

Pagué cara mi osadía.  
Mi madre y sus razones  
me bajaron los pantalones  
para siempre enmudecer,  
volví hacer las funciones

sin notar amanecer.

Aquello marcó mi vida  
para toda mi existencia,  
actuaba con prudencia  
para mi amo agradar,  
usaba la tolerancia  
para todo acatar.

Mi madre me hizo entender  
que callar mejor sería  
y pan siempre se tendría,  
tiempo era de poquedad,  
pero el “señorito” poseía  
toda nuestra ansiedad.

Mi madre estaba unida  
al campo y a sus labores,  
a la huerta, a sus flores,  
a su exiguo pasado  
bien nutrido de picores

con un llanto agraviado.

También estaba unida  
a ese amo repelente,  
escondía su simiente  
y callaba sus razones  
con reseña suficiente  
que ahogaba conclusiones.

Era mujer muy seria,  
pero esgrimía talante,  
pasó al hambre por delante  
y calló mi corazón;  
no sé si fue tunante,  
más comprendí su razón.

Me volví más apocado  
cada día que pasaba,  
solo en trabajo pensaba  
olvidando mí persona,  
las cuentas bien llevaba

de aquella vieja casona.

Me olvidé de las hembras,  
de su olor, de su perfume,  
del deber que se asume  
cuando las vas cortejando,  
de aquello que se presume  
cuando las vas rondando.

Yo no era un invertido,  
y promiscuo tampoco,  
ni era un pobre loco  
con manías extravagantes,  
pero esperaba un poco  
para ver buenas amantes.

Misógino nunca he sido,  
menos aún maltratador,  
ni tampoco violador,  
aprecio a la mujer  
por sensual, por su candor,

por su instinto a querer.

---

Publicado bajo licencia [Creative Commons BY-NC-ND](#)

Enlace original del relato: [ir al relato](#)

Otros relatos del mismo autor: [YUSUF AL-AZIZ](#)

Más relatos de la categoría: [Varios / otros](#)

Muchos más relatos en: [cortorelatos.com](#)